

Especialización productiva y crisis del neoliberalismo en América Latina*

Adrián Sotelo Valencia

Resumen

El autor analiza dos de los principales efectos de la crisis del neoliberalismo en América Latina: el que refuerza la especialización de los aparatos productivos como reacción del capital ante la crisis, y el que incide en la dimensión social, particularmente en el salario, el empleo y en los ingresos de la población. El autor considera a la crisis mexicana del invierno de 1994 -la primera que se da en el marco de la globalización económica- como un caso ejemplar, en tanto condensa las profundas contradicciones estructurales del neoliberalismo mundial.

Abstract

The author analyzes two of the main effects of the crisis of neoliberalism in Latin America: the specialization of the productive apparatuses as a reaction of capital in front of the crisis, and the social impact of salary, employment and income levels. The author argues that the Mexican financial and economic crisis of 1994, the first in the era of globalization, reveals the deep structural contradictions of global neoliberal policies.

Introducción

En el invierno de 1994 irumpió violentamente la crisis mexicana. La devaluación del peso, la especulación financiera, el repunte de la inflación, el aumento del desempleo y la caída salarial son sólo algunas de sus manifestaciones más visibles.

Debido a una serie de factores, entre los que cuentan la enorme volatilidad de los mercados financieros y las posibilidades que abre la aplicación en gran escala de la informática y la microelectrónica, esta crisis puede ser considerada -tal como el propio Michael Camdessus, director del FMI la caracterizó- como la primera de la *era de la globalización*. También se vio afectada América Latina con la bifurcación de la crisis en los sistemas bancario y financiero de países como Argentina, Venezuela y, en menor medida, Brasil. La alta volatilidad de los capitales y el carácter cortoplacista de las inversiones que el capital nacional y extranjero privados realizaron en la década anterior, contribuyeron a estos resultados.

* Ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, ciudad de México, 2-6 de octubre de 1995.

En el presente escrito consideramos esta crisis en el contexto de la globalización económica y de los procesos integracionistas a escala mundial como producto de la nueva división internacional del trabajo. Por otro lado, se esbozan los escollos y los obstáculos que la restructuración productiva —en tanto política encaminada a “superar” la crisis— encuentra en su camino para insertar a las economías latinoamericanas en el mercado mundial.

Uno de esos obstáculos, derivado del endeudamiento externo, ha reforzado la dependencia del capital financiero internacional mientras que la política oficial de especialización productiva, ha hecho depender la acumulación interna de capital, tanto de las importaciones, como de la tecnología adquirida en los países imperialistas.

Por último, realizamos un breve análisis de las repercusiones de la crisis en variables como el salario, el ingreso y el empleo en México en la época reciente.

La revitalización de la dependencia y la inversión de los ciclos económicos

La perspectiva de los ciclos económicos¹ distingue dos fases del desarrollo económico del capitalismo: una onda larga expansiva y otra onda larga de tipo depresiva.

Entre 1945 y 1967-1971 la etapa expansiva se manifestó tanto en los países imperialistas como en los países dependientes, mediante una época de prosperidad y desarrollo económico. Sin embargo, en la siguiente onda larga (de tipo depresiva) que se verificó entre 1967-71 y 1983 (en un lapso de 16 años) frente al estancamiento económico y la crisis del capitalismo avanzado, habría continuado el desarrollo latinoamericano, incluyendo el de México, mediante el proceso de industrialización dirigido por el Estado y el capital industrial hasta más o menos los finales de la década de los setenta.²

Los efectos multiplicadores del crecimiento de la formación del capital fijo a una tasa promedio anual del 5,6 por ciento entre 1983 y 1985,³ en las economías industrializadas, marcó la pauta de la recuperación del capitalismo avanzado desde 1983.⁴ Ese periodo se puede considerar como un punto de

¹ Véase Ernest Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

² Un estudio clásico sobre la industrialización de América Latina se encuentra en: Albert O. Hirschman, “La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina”, en *El Trimestre Económico*, México, vol. xxxv (4), núm. 140, octubre/diciembre de 1968, pp. 625-658.

³ Cf. Ruy Mauro Marini, *América Latina: dependência e integração*, São Paulo, Brasil Ugente, 1992, p. 40.

⁴ “A finales de ese decenio —(los setenta, ASV)— y en la primera mitad de los años ochenta, la escena internacional estuvo marcada por un esfuerzo persistente de los países industriales por recuperar la

inflexión que marca el advenimiento de una onda larga expansiva que caracterizamos como de inversión del ciclo económico: se trata del hecho de que, al revés de lo ocurrido en la fase anterior, de 1945-1967, en que el capitalismo latinoamericano acompañó la evolución de la economía imperialista, y de la siguiente etapa (1967-1983), en que se disoció de él, al continuar la curva ascendente de su desarrollo, en la nueva onda larga, que se proyecta a partir de 1983, por vez primera el capitalismo latinoamericano se desfasa del avanzado y entra a fondo a la "década perdida". Mientras tanto, las economías del capitalismo avanzado inician y continúan su recuperación, si bien con fluctuaciones y contradicciones propias de los desniveles que marca la acumulación de capital a escala mundial.

Especialización y heterogeneidad productiva

Este proceso de inversión del ciclo económico en las economías latinoamericanas, en donde tienden a perdurar las fases recesivas y de crisis estructural, será el motor de la restructuración productiva en América Latina y de los procesos de reconversión industrial encaminados a forjar una economía especializada en la producción para la exportación.

Pero es preciso aclarar que dicha restructuración ha sido conducida por las corporaciones multinacionales y por las grandes empresas privadas con el apoyo indiscutible del Estado neoliberal: a través de subsidios, privatizaciones, el abaratamiento de la fuerza de trabajo, la reducción o anulación de las políticas proteccionistas, etcétera, en detrimento de los pequeños y medianos empresarios y, por supuesto, de los asalariados.

La nueva dependencia derivada de esta forma de la división internacional del trabajo en la década de los noventa, se expresa en la *especialización productiva* que supone una integración subordinada y débil a la economía internacional: un conjunto de economías desconectadas entre sí, pero interconectadas a través de centros supranacionales de poder imperialista produciendo y exportando productos y servicios que representan "nichos" en los mercados de consumo internacionales, pero que no tienen ninguna significación en las necesidades y demandas de los productores y consumidores nacionales.

Si bien esto tiene un "efecto demostración" hacia afuera en el sentido de asegurar mercados y ganancias razonables para el capital y los productores que interactúan en el espacio nacional (y esta es la política que privilegian los

estabilidad y retomar el crecimiento, incluso enfrentando un elevado costo social", Celso Furtado, *Economía mundial, transformación y crisis*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1991, pp. 13-14.

tecnócratas neoliberales), hacia adentro se bifurca un "efecto contracción" que estimula la "destrucción creativa" en la economía (Shumpeter) que supone la liquidación de las empresas tecnológicamente atrasadas por la acción innovadora de las empresas más desarrolladas. Quedan así desplazados los sectores, las ramas, los procesos y productos con poca capacidad de competencia internacional, con bajos estándares de calidad, eficiencia y productividad y con formación de precios de producción (o sea, la suma del capital constante y el capital variable más la ganancia media) por encima de los precios promedio internacionales de mercado.

Y lo mismo ocurre desde la perspectiva del acceso a la tecnología. Si como asegura Mandel, una revolución tecnológica "...implica una revisión radical de las técnicas básicas utilizadas en todas las esferas de la producción y la distribución capitalista, incluyendo los transportes y las telecomunicaciones",⁵ entonces, en la medida en que no son "socios involucrados" en el monopolio de quienes impulsan esa revolución tecnológica, los países dependientes se ven marginados y no logran introducir innovaciones tecnológicas para realizar los cambios necesarios en sus procesos productivos y laborales, que los habiliten para competir en los mercados internacionales. Solamente lo consiguen aquellos "sectores de punta" involucrados en los negocios de los sectores exportadores que sí producen de acuerdo con los estándares internacionales de cantidad, demanda y calidad: sus precios son similares, o incluso, mejores que los internacionales para acceder a las ganancias extraordinarias (motor de la reproducción capitalista en la era de la globalización).

Además de industrias como la electrónica, la petroquímica y las telecomunicaciones, la automotriz apunta en esta dirección. En cambio, el "efecto de contracción" en los sectores desvinculados de la división internacional del trabajo (como el textil, el cuero, el calzado, los alimentos y, en general, los ramos, sectores y productos ligados al consumo popular) exhiben incapacidad para modernizarse en los términos del paradigma industrial hegemónico y más bien, refuerzan la heterogeneidad estructural en los niveles de la producción, de la tecnología, de la fuerza de trabajo y de la organización laboral.

Esta heterogeneidad es, así, la contrapartida de la especialización productiva en aquellas "ventajas comparativas" que, según la doctrina de David Ricardo, resultan atractivas para la obtención de ganancias, configurando un elemento de la dependencia estructural.

⁵ Ernest Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista...*, p. 21.

Los efectos desindustrializantes de la inversión del ciclo económico

La caída de las economías latinoamericanas en la década de los ochenta corresponde al conjunto de elementos acumulados desde la época anterior en que el capitalismo se expandió con altas tasas de crecimiento del producto, pero sin resolver problemas estructurales tales como el desarrollo de un sector productor de medios de producción, el fortalecimiento del mercado interno y del externo mediante el impulso de un sector exportador dinámico de productos de alta difusión tecnológica al mercado mundial, como sí lo hicieron otros países de nueva industrialización, como los del sudeste asiático.

Por el contrario, la política impulsada por el Estado y el capital tanto en la fase expansiva como durante la década perdida del ciclo económico mundial, consistió en recurrir cada vez más al endeudamiento externo sin advertir sus efectos antiindustrializantes que de hecho empíricamente han erosionado realmente las posibilidades de elaborar una auténtica estrategia de restructuración productiva y de reconversión industrial. Ello también imposibilitó a los países latinoamericanos para incursionar en el desarrollo de las tecnologías que en los centros industrializados tienen el efecto económico de desvalorizar el capital constante y la fuerza de trabajo, aumentando al mismo tiempo la tasa extraordinaria de ganancia de los capitales monopolistas y reproduciendo el mismo fenómeno en las ramas monopolizadas de los países dependientes. Este hecho orilló a optar forzosamente a los países dependientes por la especialización productiva y la heterogeneidad tecnológica de los aparatos de producción provocando el incremento del desempleo, la caída de los salarios reales y el aumento generalizado de la pobreza.

Otra de las consecuencias de la inversión del ciclo económico en América Latina, que por ello parece estar diseñando y adaptando sus estrategias de política económica al mero combate a la crisis a costa del sacrificio inusitado de la población, consiste en fracturar toda posibilidad de desarrollo industrial. En efecto, en vez de forjar economías productivas, eficientes y competitivas capaces de enfrentar la competencia de los centros productivos dinámicos, América Latina presenta significativos retrocesos en el comercio internacional y graves procesos internos de desindustrialización aunados a un estancamiento productivo.

Desde la perspectiva del comercio mundial sobresale la configuración del "comercio intrabloques" en favor de Asia, la Unión Europea y América del Norte, en detrimento de América Latina, situación que se ha visto profundizada por la crisis económica.

Por ejemplo, un estudio reciente señala que la participación de América

Latina dentro de las importaciones de los países de la OCDE no supera en la actualidad el 5 por ciento.⁶ Ello habla de por sí de las enormes dificultades que habrán de enfrentar los países latinoamericanos para conquistar "nichos" en los mercados internacionales de mercancías y servicios cada vez más protegidos y monopolizados.

La perspectiva de la especialización productiva y la desindustrialización se puede ilustrar, por ejemplo, con el caso de Chile que es un productor con perfil primario exportador donde el cobre constituye un componente central dentro de sus exportaciones totales. Pero también destaca el caso de los demás países latinoamericanos como los de Centroamérica y del Caribe que merman sus posibilidades de industrialización debido a la competencia internacional que los propios centros imperiales realizan en los rubros productivos en que dichos países hacen reposar sus ventajas comparativas. Pero el caso más reciente e ilustrativo es México, que experimenta la crisis más severa y profunda de su historia moderna, peor que la de 1982.⁷

La modernización inacabada

¿Qué evaluación podemos hacer respecto al carácter positivo de la modernización de América Latina? ¿Hasta qué punto la "integración" o inserción al mercado mundial es la salida de la crisis y premisa de la recuperación? La economía especializada que emerge de la globalización, ¿es más o menos restrictiva en la solución de las demandas populares y sociales? ¿Se requiere un nuevo tipo de Estado más autoritario o democrático burgués de gobierno para sostener tal tipo de economía especializada en las actividades exportadoras? ¿Hasta qué punto la nueva economía especializada es capaz de generar una nueva etapa duradera de crecimiento económico?

Si tuviéramos que responder desde una perspectiva neoliberal la respuesta sería positiva en el sentido de que tal tipo de economía neoliberal es capaz de sortear los graves problemas económico-sociales, resolverlos y afianzar los procesos democráticos.

Así por ejemplo, países como Perú, Bolivia, Brasil, Chile etcétera, antaño países hiperinflacionarios, disminuyeron substancialmente sus inflaciones por el impacto que allí provocaron las políticas de ajuste. Sin embargo, en México,

⁶ CEPAL, "Comercio internacional y nuevas realidades competitivas", *Comercio Exterior*, México, vol. 45, núm. 8, agosto de 1995, p. 624.

⁷ Véase al respecto: Adrián Sotelo Valencia, "América Latina en la reestructuración económica mundial", en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA-FCPYS-UNAM, núm. 4, julio-diciembre de 1995, pp. 47-70.

Argentina o Venezuela los programas neoliberales restrictivos han desencadenado movimientos perversos que se bifurcan en los sistemas financieros sin visos claros de superación por el impacto que han tenido, entre otros factores, los "capitales golondrinos" (especulativos) invertidos en el corto plazo.

En general, si bien es cierto que la región gozó de cuatro años consecutivos de recuperación económica entre 1990-1994 cuando la tasa de crecimiento fue de 3.7 por ciento promedio anual, debido a la crisis mexicana de finales del último año, las proyecciones para el futuro económico no son nada promisorias.

Por otro lado, si bien se han realizado transformaciones de importancia tales como la introducción de tecnologías flexibles en los aparatos productivos y de servicios; el uso de sistemas computarizados para el control de la calidad, el mejoramiento de la gestión de las empresas y de la fuerza de trabajo, etcétera, persisten, sin embargo, viejos problemas que lejos de resolverse se han profundizado. Por ejemplo, la modernización no ha actualizado aquellas ramas y sectores productivos de la industria, la agricultura y los servicios que se encuentran desfasados de los requerimientos de competencia y rentabilidad de la economía mundial; persisten economías primario-exportadoras cuyos precios de sus productos son muy sensibles a las coyunturas por las que atraviesa la economía mundial y tienen dificultades para convertirse en economías "secundario-exportadoras"; el peso de las "sociedades tradicionales" y la existencia de formas productivas de tipo artesanal contribuyen en la mayoría de los casos a reforzar los modos tradicionales de vida, de consumo y de trabajo frente a la agresividad de una modernización a ultranza que busca los medios materiales, económicos, sociales, culturales y políticos para expandirse y reproducirse.⁸

Estas dificultades se desprenden de fenómenos históricos y objetivos determinados estructuralmente y no de la voluntad o del signo de cualquier determi-

⁸ Esta es otra perspectiva desde donde se puede apreciar el fenómeno de la globalización del sistema capitalista. Pero debemos destacar que la base de la globalización, a nuestro juicio, reposa en la ley del valor/trabajo que regula la formación de los valores de las mercancías y la dinámica de sus precios. Esta hipótesis es importante para explicar tanto la naturaleza de la restructuración productiva que emerge de la crisis del viejo patrón económico de relaciones sociales e industriales, como de la configuración del capitalismo en los llamados bloques comerciales, que parecen contrarrestar, de alguna manera, el avance de la globalización económica en el mundo. Respecto a la importancia de la ley del valor en la comprensión de fenómenos concretos, dice Ernest Mandel: "Descubriendo este elemento constitutivo que es el valor, la ciencia económica dispone de una clave para resolver una serie de problemas prácticos. Sin teoría del valor-trabajo, no hay teoría de la plusvalía, y entonces tampoco hay posibilidad de reunir en un solo origen la ganancia, el interés y la renta de la tierra, ni posibilidad de comprender las fluctuaciones misteriosas de la producción agrícola durante los últimos 150 años. Sin teoría del valor-trabajo, no hay teoría homogénea de la caída tendencial de la tasa media de ganancia, y tampoco hay teoría coherente de la crisis. Sin teoría del valor-trabajo, resulta imposible comprender las tendencias a largo plazo de los precios, que en última instancia dependen de las fluctuaciones de las cantidades de trabajo necesarias para producir las mercancías". Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, México, ERA, 1969, pp. 249-250.

nada orientación política. Es así como detrás de esos procesos operan las leyes, los movimientos y las contradicciones del modo capitalista de producción. Aquí desempeña un papel fundamental, como se desprende de las notas anteriores, la ley del valor en su movimiento de universalización de las esferas de circulación y de los sistemas productivos. Pero también influyen las luchas de clases y los conflictos sociales; la dinámica de las crisis y sus procesos de recomposición.

El origen de la restructuración de los países industrializados comenzó, si bien marginalmente, en la década de los cuarenta del presente siglo. A través de las inversiones realizadas en infraestructura, en la renovación del capital fijo y en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, esos países han logrado optimizar los flujos de capital y los sistemas de producción posfordistas y neofordistas de administración empresarial y del trabajo, reservándose las franjas duras del proceso industrial y tecnológico a escala mundial, sobre todo en lo que respecta al desarrollo y experimentación de las ciencias básicas y aplicadas, particularmente en los Estados Unidos.

Por el contrario, en los países dependientes de América Latina no sólo se ha conseguido participar en mínima escala en dichos procesos sino que, incluso, se han fracturado las posibilidades de su desarrollo ulterior tanto por las consecuencias que acarrea el hecho de especializar los sistemas de producción en las actividades exportadoras dinámicas que representan "nichos" desde la perspectiva de la división internacional del trabajo, como debido también a los pocos recursos que se destinan al campo de la investigación y el desarrollo así como, en general, a la educación, que en la actualidad representan actividades fundamentales para el proceso de innovación tecnológica, de aumento de la productividad y penetración de los mercados globalizados a través de la competencia intercapitalista.

Es en estas condiciones que los países dependientes han desplegado su reconversión para lo que ha concurrido forzosamente la crisis de la década de los ochenta. Pero el carácter de ese proceso es dependiente y subordinado, en la medida en que lo consideramos ya sea desde la perspectiva de la esfera de influencia del capital (nacional y extranjero) y de la integración de las economías al mercado mundial o, ya sea a través de la conversión de grandes regiones en zonas de exportación.

La respuesta del capitalismo latinoamericano ante esas coyunturas desfavorables básicamente ha consistido en desmontar sus aparatos productivos y de trabajo diversificados como fruto de la industrialización, así como promover la privatización de las propiedades públicas de la nación en manos del Estado —lo que en buena medida estimula la desnacionalización económica y la pérdida de la soberanía nacional— y la especialización en aquellas actividades que aún poseen "ventajas comparativas" y que, en general, pertenecen a las grandes

corporaciones multinacionales. Situación que dificulta la modernización en las inmediaciones torrenciales de la globalización y de la vecindad de la crisis mexicana.

La crisis mexicana y el fracaso del neoliberalismo

Estallada en los sacros linderos de los sistemas monetarios y empresariales, la crisis del capital financiero, con sus *cracks* bursátiles y monetarios, con sus constantes desequilibrios de los tipos de cambio a favor de las monedas fuertes del mundo —como el yen japonés, el marco alemán y el dólar estadounidense—, se proyecta como una realidad rebelde que no hace sino reeditar los insuperables problemas de la economía dependiente, entre los que destacan la imposibilidad de alcanzar una senda de crecimiento económico que por vez primera saque del “subdesarrollo” a la región.

La crisis mexicana⁹ del 20 de diciembre de 1994 apunta en esa dirección; corresponde a la primera gran crisis de la “era de la globalización” sobre todo por sus efectos financieros en las principales plazas de los mercados bursátiles. Además fue estimulada por la regionalización y entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América Latina del Norte (TLCN) a partir del 1^o de enero de 1994.¹⁰

Esta crisis no solamente es financiera —como se argumentó en los círculos oficiales y como, por otro lado, en su momento fue caracterizada la crisis de 1982—, sino también es una crisis productiva y tecnológica, derivada de las prácticas capitalistas neoliberales que han privilegiado las políticas de contención de la inflación, la corrección de los desequilibrios fiscales y de la balanza de pagos en el curso de la década de los años ochenta y la primera parte de la de los noventa; es decir, en general se han privilegiado los movimientos de la circulación (moneda, crédito, finanzas) por encima de la producción de riqueza, de la productividad del trabajo y de la incorporación como consumidores al mercado interno de las grandes mayorías de la población.¹¹

⁹ Para una visión de esta crisis por autores extranjeros, véase: *Revista Investigación Económica*, México, Facultad de Economía, núm. 213, julio-septiembre de 1995.

¹⁰ Es necesario enfatizar que la globalización como tendencia de la universalización de la ley del valor y de las relaciones capitalistas que le corresponden, se enfrenta a la regionalización neo-proteccionista de los bloques económicos comandada por las grandes potencias del orbe como un mecanismo de restructuración de la economía a fin de elevar sustancialmente sus niveles competitivos y de productividad para enfrentar la competencia con otros bloques y potencias imperialistas. Tal es el caso de los tres grandes existentes en la actualidad: la Unión Europea, el bloque de América del Norte y el que tiende a ser encabezado por Japón en el Sudeste Asiático.

¹¹ En la actualidad existen tres “modelos” económicos en el mundo: el que tiende a basarse en las tecnologías de punta y en la aplicación a los procesos de producción de los resultados productivos de las cien-

En este escenario destacan tres factores que profundizan la crisis.

a) La fuerza renovada del imperialismo expresada hoy en la emergencia de los bloques comerciales, particularmente a raíz de la desintegración del "polo socialista" en el mundo.

b) La globalización de la ley del valor que ata a las economías dependientes y sus ciclos económicos de reproducción endógenos a lo vaivenes de la economía internacional.

c) La imposibilidad de reactivar la economía en función de un patrón exportador que desmonta la industrialización, genera déficits crecientes en las cuentas corrientes de las balanzas de pagos¹² y hace depender la acumulación de capital del aumento de las importaciones y de la dinámica de las exportaciones.

Estas determinaciones de la economía mundial aunadas a la ausencia de dispositivos endógenos¹³ para contrarrestarlas, liberaron a la economía mexicana a las fuerzas "libres" del mercado para que "resolviera" la crisis. En 1995 esa política se tradujo en la reaparición de la inflación hasta los dos dígitos y en la contracción del PIB en términos negativos (-7.3 por ciento) provocando que variables importantes como el ingreso *per capita*, el desempleo y los salarios se agravaran. El ingreso *per capita* se desplomó un 33.3 por ciento al pasar de 4 mil 220 dólares de 1994 a 2 mil 814 dólares en 1995 y retroceder al nivel que

cias básicas; el que tiende a reposar en los bajos salarios, la superexplotación del trabajo y en el desempleo y, por último, el que se encuentra en una situación intermedia. El primero es patrimonio de los países imperialistas, el segundo, de países como México a partir de que inician su desindustrialización y ponderan las actividades maquiladoras y de las corporaciones multinacionales en detrimento de la diversificación industrial; el tercero, se identifica con los recientes procesos de industrialización que han experimentado países como los del sudeste asiático, en especial, Corea del Sur, que ha sabido realizar una *combinación virtuosa* de la intervención eficiente del Estado, la aplicación y desarrollo de nuevas tecnologías, la elevación de la productividad, la eficiencia y la calidad con cargo en el progreso técnico, aunados a un sustancial mejoramiento de los salarios y del ingreso *per capita* de sus habitantes que en la actualidad se encuentra entre los más elevados del mundo. Es así como ese indicador evolucionó de 67 dólares en 1953 a 8,500 dólares en 1994, para alcanzar los 10,000 dólares en la actualidad. Véase: Hong Lee Jong Dae, "La transición política en Corea: un enfoque latinoamericanista", en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA-FCPyS, 2º semestre, 1996, (en prensa).

¹² Para un desarrollo de este punto véase: Hugo Eugenio Sandoval Zamora, *Convergencia, divergencia y crecimiento económico en México: 1982-1994*, Tesis de Maestría, DEP-FE-UNAM, México, 1995, donde el autor demuestra, muy al contrario de las tesis neoclásicas, que bajo la existencia de "divergencia económica" (tendencia a un desigual crecimiento entre países ricos y países pobres) la apertura comercial y la libre entrada de capitales son nocivos para garantizar una ruta de crecimiento sostenido a largo plazo del país.

¹³ Estas fuerzas son, por ejemplo, la existencia de una industria diversificada; una intervención eficiente del Estado en los procesos de regulación de la economía; vigilancia y control del capital extranjero y especulativo mediante legislaciones *ad hoc* que sí existen en otros países; fortaleza de la moneda nacional con respaldo en reservas del banco central cimentadas en mayor medida en el ahorro interno y capacidad soberana de negociación para defender los intereses nacionales frente a los organismos internacionales crediticios, incluyendo al Banco Mundial y al FMI.

tenía en 1980.¹⁴ El desempleo se incrementó. De acuerdo con algunas estimaciones éste alcanzó los 10'687,200 personas desocupadas computadas hasta el mes de abril de 1995 que representan el 29.2 por ciento de la PEA calculada en 36.6 millones de personas.¹⁵

Por su parte, los salarios se pulverizaron a niveles de infrasubsistencia. Según la misma fuente¹⁶ la participación de los salarios en el PIB cayó de 45 por ciento en 1976 a 24 por ciento en 1994, mientras que las utilidades empresariales se elevaron de 46 a 51 por ciento en el PIB en el mismo periodo. Al 1º de septiembre de 1995 el salario mínimo mexicano se encuentra 10.9 por ciento por debajo de su nivel de 1951 y 33.2 por ciento por debajo del que regía en 1935.

De esta forma, entre 1987 y 1995 (septiembre) el salario mínimo experimentó una pérdida acumulada de su poder adquisitivo del 63 por ciento, a lo que contribuyó en buena medida la política oficial de los Pactos Económicos Corporativos plasmados en los topes salariales a partir de 1987.

Estos son algunos saldos de la crisis capitalista y de la aplicación de las políticas neoliberales en el país.

¹⁴ Según estimaciones del INEGI en *La Jornada*, México, 23 de octubre de 1995. Contrástese esta situación con el movimiento inverso que ocurre en Corea del Sur, descrito en la nota núm. 11.

¹⁵ Véase al respecto: "Desempleo, salarios y pobreza en México", *Reporte de Investigación*, México, Centro de Análisis Multidisciplinario (CAM), PE-UNAM, núm. 36, septiembre de 1995. Los datos sobre desempleo corresponden en este *Reporte de Investigación* a Larisa Aguirre Beltrán y Mario Vázquez. Respecto al desempleo abierto, los autores lo calculan en base al indicador Tasa de Ocupación Parcial con menos de 35 horas semanales y Desocupación (TOPD2) que "muestra la proporción de personas desempleadas abiertas más las ocupadas que laboran menos de 35 horas a la semana, respecto a la Población Económicamente Activa (PEA)", *op. cit.*, p. 5. Por su parte, el INEGI calcula que entre septiembre de 1994 y el mismo mes de 1995 el desempleo creció 101 por ciento aunque con una metodología distinta caracterizada por su conservadurismo. De todas maneras la tendencia no se altera: así en 1993 el desempleo cubre el 23.9 por ciento de la PEA estimada en 33 millones 651 personas de acuerdo con la Encuesta Nacional de Empleo 1993 u 8 millones 42 mil personas desocupadas. Cf. *El Financiero*, México, 1º de noviembre de 1994. Por su parte GEA calcula que en los últimos cuatro años de la administración salinista, sumando el desempleo abierto con los subempleados que trabajan menos de 35 horas a la semana, aquél evolucionó de 660 mil desempleados en 1990 hasta 6.5 millones de desempleados en 1994, mientras que en todo el sexenio solamente se crearon 1 millón 500 nuevos empleos, es decir, apenas para satisfacer la demanda de empleo del millón 200 nuevos efectivos jóvenes que anualmente se agregan naturalmente a la PEA nacional. Cf. *El Financiero*, México, 7 de noviembre de 1994.

¹⁶ "Desempleo, salarios y pobreza en México", *op. cit.*, en el mismo reporte de investigación, según Luis Lozano Arredondo *et al.*, pp. 15 y 16. De acuerdo con esta misma fuente entre 1987 y septiembre de 1995 el precio de la Canasta Obrera Indispensable (COI) en términos del salario mínimo, se incrementó un 664 por ciento mientras que el salario nominal apenas aumentó 183 por ciento. Esto significa, en el periodo, que con el salario de 1987 se podía adquirir en el mercado el 94 por ciento del valor de la COI, mientras que con el salario de septiembre de 1995 apenas se adquiere el 35 por ciento de la misma canasta. Este déficit (del orden del 59 por ciento), por supuesto, va en detrimento de las familias obreras mexicanas ya que la manera de "solventarlo" es mediante la mayor desnutrición social en ausencia de ingresos y de empleo remunerado o, bien, en el mejor de los casos, debido a una mayor explotación del trabajo.

Conclusión

Debemos tener cuidado en querer ver el quiebre del modelo neoliberal por el lado de su incapacidad para crear empleos permanentes y salarios bien remunerados, o bien por el lado del aumento de la pobreza que ya cubre más de dos tercios del total de la población mexicana y de la violencia social. Estos fenómenos son "normales" en una economía capitalista y más aún, acrecentados, si ésta es dependiente como la mexicana. Marx demostró esta tesis hace ya más de un siglo en su obra máxima *El Capital* y la literatura crítica contemporánea muestra que la modernización capitalista busca la sustitución en escala creciente de las fuerzas vivas del trabajo para preservar los procesos de acumulación y reproducción del capital y de las tasas de ganancia. Pero no basta con ello, también se impulsan los procesos de concentración y centralización del capital al amparo de la dinámica de funcionamiento de la llamada economía de mercado. Es decir, se monopoliza aún más la economía y se marginan y destruyen sectores enteros de la producción social.¹⁷ De esta forma, la crisis del neoliberalismo es la crisis del nuevo patrón de reproducción capitalista especializado en la producción para la exportación. Su fracaso en términos históricos, consiste en su incapacidad para asegurar las condiciones mínimas de rentabilidad y de reproducción del sistema capitalista global en un clima de estabilidad política y social.

Si bien la *concentración* y la *centralización del capital* constituyen la condición *sine qua non* de la reproducción del sistema, sin embargo, con tasas históricas en declive expresadas en el crecimiento económico, no hacen sino exacerbar una lucha entre las propias fracciones burguesas dueñas del capital por el reparto de la tasa media de ganancia en la esfera de la producción y por el reparto de los intereses dinerarios que arroja la especulación en los grandes sistemas bancario y financiero.

El capitalismo histórico es un sistema volcado a la producción de plusvalor (absoluto y relativo) para la obtención irracional de máximos beneficios. Sin embargo, ello ocurre solamente a partir de la explotación intensiva y extensiva de la fuerza de trabajo en la producción. Cuando el sistema capitalista mina sus propias bases de reproducción (como en el caso de América Latina y de México) con el despido masivo de fuerzas productivas creadoras de valor y de plusvalor

¹⁷ Hasta julio de 1995 habían cerrado sus puertas en México alrededor de 6,300 establecimientos. Cf. Larisa Aguirre y Mario Vázquez, *op. cit.*, p. 3. A esta situación se agregan políticas empresariales como la imposición de la desreglamentación laboral, la flexibilización del trabajo en condiciones desastrosas para los trabajadores, las bajísimas remuneraciones medias que perciben los asalariados, la precarización de las condiciones de trabajo y de vida de la población y el aumento de los impuestos (el impuesto al valor agregado aumentó, por ejemplo, del 10 al 15 por ciento).

de que se apropia el capital, mina al mismo tiempo sus formas de reproducción en las esferas de la circulación mercantil. No le queda, como camino en la obtención de ganancias y de sobrevivencia, más que endeudarse con el exterior, empeñar las facturas de la riqueza productiva –como el petróleo mexicano con el Departamento del Tesoro de Estados Unidos por un préstamo de ese país por 20 mil millones de dólares– y exprimir aún más a la población con aumentos de impuestos y de precios de los productos básicos, con bajos salarios para los obreros ocupados y contracción de los mercados internos de trabajo y de consumo de masas.

Por todo lo anterior, concluimos que los círculos virtuosos de la primera fase del neoliberalismo se han agotado y en su lugar solamente quedan, como un remedo del "fin de la historia", los círculos viciosos de un neoliberalismo a ultranza que ata con candados artificiales el desarrollo de las fuerzas productivas y el propio desarrollo de la humanidad.